

El Año Literario 1965*

por

Jaime Concha

RELATO

Un panorama jerarquizador de lo que fue el año novelístico de 1965, hace resaltar inmediatamente tres obras, de veras importantes: *El peso de la noche*, de Jorge Edwards (Edit. Seix-Barral, Barcelona, 1964), *A la sombra de los días*, de Guillermo Atías (Edit. Zig-Zag) y *Patas de perro*, de Carlos Droguett (Edit. Zig-Zag).

Jorge Edwards se dio a conocer con algunos cuentos publicados en las *Antologías* de Enrique Lafourcade (1954 y 1959). Conjugaba en ellos singulares dotes de observación con un modo narrativo preciso, ágil y elíptico —cualidades visibles en dos obras anteriores a la presente novela: *El patio* (1952) y *Gente de la ciudad* (1961). En ambas, la aguda intuición crítica de Ricardo Latcham advirtió lo que cabía esperar de Edwards como narrador¹.

En *El peso de la noche* vemos cómo el escritor ha sabido conferir una definitiva carnazón vital a sus personajes. Estos, de débiles esbozos individuales que eran en sus relatos primerizos, han pasado a ser hombres vivientes, con historia personal y con plena existencia social. La técnica elíptica se ha cambiado en densidad, en la descripción de un mundo henchido de significación humana. Una comprensión crítica valiosa de esto la suministran las reseñas de Jorge Teillier (*Mapocho*, 10, enero-marzo 65) y de Mario Rodríguez F. (*Anales de la U. de Chile*, 134, abril-junio, 65).

*Este panorama abarca los siguientes géneros: relato, poesía lírica y ensayo. Todas las obras citadas aparecieron en 1965, excepto la novela *El peso de la noche*; pero como sólo circuló en el país durante el año recién pasado, se justifica que la incluyamos aquí.

Sin la pretensión de ser exhaustivos, hemos querido consignar, por lo menos, todas las obras citadas cuya publicación hemos tenido conocimiento. Las omisiones se deben a falta de información.

Las tres primeras novelas mencionadas las hemos comentado en otra ocasión; de ahí lo sumario de nuestras referencias.

¹Señaló: "Es un caso literario digno de atención, que pronto se destacará más en el ambiente intelectual chileno". (CARNET CRÍTICO, pág. 175. Edit. Alfa, Montevideo, 1962).

Sin alcanzar el nivel de realización logrado con *El tiempo banal* (Nascimento, 1955), G. Atías conserva, en su última novela, muchos aspectos de su maestría literaria. Por los "asuntos" de que parte y por su enfoque de la realidad chilena, Atías es un escritor de filiación neorrealista. Un dato bibliográfico que lo comprueba es que haya participado, con su relato "La escala", en la *Antología del verdadero cuento en Chile*, a cargo de Miguel Serrano (Impreso en Gutenberg, 1938, pp. 175-184). Ahora, con *A la sombra de los días* vuelve a novelar esos tiempos de su iniciación literaria, que son también los años de mayor efervescencia política del país. En el doble plano de la gran trama histórico-social y de un nudo pasional, el relato de Atías se desenvuelve con sencillez, pues los desplazamientos temporales se incorporan a un plan realista clásico más que a una construcción de factura moderna. Por desgracia, la sencillez narrativa significa aquí también falta de tensión, cierta laxitud en el ritmo novelesco. Además, no se desarrolla ni se profundiza ese grado de irrealidad que asoma en las relaciones intersubjetivas del trío de protagonistas, y que pudo conducir al autor a conquistar esa combinación de verismo y extrañeza que admiramos en *Un día de luz* (cuentos) (Edics. Incecube, 1959).

Carlos Droguett es poco leído entre nosotros. Poco, por lo menos en relación con su indudable estatura de escritor. Dos novelas de nombre escrupulosamente aritmético: *Sesenta muertos en la escalera* y *100 gotas de sangre y 200 de sudor*, relataban, desde una perspectiva bien particular, sucesos históricos de nuestra patria: la masacre del Seguro Obrero y un episodio de la Conquista. Luego *Eloy* le dio fama internacional, al obtener el segundo premio de la *Biblioteca Breve*, conferido por la Editorial Seix-Barral.

Patás de perro es una novela en todo sentido excepcional en el horizonte de nuestra actual narrativa. Una prosa protoplásmica, que asimila un lirismo antes demasiado independiente en las obras de Droguett, se hace instrumento de percepción de estratos humanos donde limitan lo fisiológico y lo síquico. Gracias a esto, se abre una clara vía para superar el personaje concebido en forma naturalista; surge, en cambio, un personaje *directo*, que nace oscura y confusamente de la experiencia del narrador, como en un parto pugnaz. Podría decirse que Droguett, por otro camino, llega también a ese "homme sans conscience apparente" que Camus declaraba haber tomado de Hemingway y que constituye un modo sostenido de configurar individualidades novelescas en la literatura contemporánea. Así, se crea en esta obra un universo difusamente poblado, de una veracidad subterránea, en que el mito brota como un sombrío producto del azar y de la obsesión.

Todo ello permite atribuir a su autor un lugar de primer orden entre nuestros narradores.

* * *

No sólo se editaron estas novelas, por supuesto. Se advierte, desde un tiempo a esta parte, un ritmo creciente en la producción novelística, como si quisiera equiparar, en un plano cuantitativo, esa cualidad de nuestra lírica que la obsesiona como un ideal inalcanzable. Hechos sintomáticos, de este incremento son, por ejemplo, el que un autor edite más de una novela en el curso del mismo año. Es el caso de Luis Vulliamy, quien publicó *El paraíso de los malos* (Edit. Zig-Zag) e *Isla Firme* (Nascimento). Para nuestro gusto, las mejores páginas de este autor siguen siendo las de la primera parte de *El mejor lugar del mundo* (Edics. Alerce, 1963), en que se produce una recuperación del mundo de la niñez muy cercana en sensibilidad a *Las aventuras de Tom Sawyer*, de M. Twain. Respecto a sus últimas novelas, suscribimos los juicios críticos de Hernán Loyola (*El Siglo*, 4 de julio y 5 de septiembre 1965).

Caso análogo es el de María Elena Gertner. No satisfecha con *La mujer de sal* (Edit. Zig-Zag) sacó a luz posteriormente *La derrota*, en una suerte de record literario, al que sin duda amenaza el peligro de la superfetación editorial.

La derrota (Zig-Zag) —para algunos críticos, una efectiva “derrota” literaria de su autora— se presenta como la primera parte de una trilogía denominada *El hueco en la guitarra*. Su protagonista, Trinidad Isazmendi, empieza en la novela confesando su derrota. Derrota significa aquí, para el ánimo acongojado de la mujer, el definitivo destroz de su mundo, que se junta implacablemente a su prolongado descenso social y económico. La novela desarrollará, entonces, el viejo tema de la decadencia social de una persona, con su vaivén de esperanzas transitorias e irreparable frustración. Por ese tema central, *La derrota* se une a un conjunto de novelas de la generación última de escritores chilenos, que nos muestra la liquidación de un grupo social antaño floreciente.

Novela de Navidad (Zig-Zag), de Enrique Lafourcade, obtuvo el Primer Premio de Novela en el Concurso CRAV 1964. Los niños abandonados de Santiago son en ella objeto de una visión literaria increíblemente artificiosa, inauténtica. Después de la Costa Azul (*El príncipe y las ovejas*, 1961), después de un Estados Unidos cinematográficamente condicionado (*Invencción a dos voces*, 1963), Lafourcade llega al Mapocho. Pero llega con ojos de turista, lo mismo que antes había enfocado a Valparaíso a través de un marino español. Resulta, entonces, que Santiago es sólo un hito más en el itinerario cosmopolita del escritor. Esto no sería grave, si no se uniera con otro hecho: que tal cosmopolitismo deja de ser percepción indiferenciada de la geografía, convirtiéndose en cosmopolitismo social. El cosmopolitismo horizontal de Lafourcade da una voltereta y se hace vertical en *Novela de Navidad*. Se trata, entonces, de explorar a otra raza. ¡Por eso, quizás, el bicromatismo tipográfico del libro!

Lo que decimos puede evidenciarse mediante un detalle estilístico:

La escasa gama de fórmulas con que el autor de *Pena de muerte* (1952, su mejor novela hasta la fecha) reproduce el lenguaje de los niños. Se cuentan con los dedos de la mano y suenan a tics, como si, a la postre, Lafourcade resultara remedando las palabras de los "pelusas".

Jaime Valdivieso publicó, en el primer semestre del año, *Nunca el mismo río* (Edit. Zig-Zag), relato con título heracliteano. A pesar de que no traspasa el umbral experimental, se advierte que su complejidad técnica es rigurosamente funcional. La prosa más densa y cargada de sentido la consigue Valdivieso en la tercera parte, "En la viña del Señor". Hay, sin embargo, en muchas de sus páginas, pasajes escindibles que atestiguan la existencia de un estilo rico y substancioso que necesita ser perfeccionado. Mientras tanto, la limitación más visible que observamos consiste en que el escritor no logra visualizar sus personajes; los interpreta demasiado, obstruyéndonos el acceso.

En el cuento sobresalieron *Matriarcado*, de Luis Merino Reyes (Prensa Latinoamericana), *El extravagante*, de Luis Domínguez (Zig-Zag) e *Inmóvil océano*, de Nicolás Ferraro (Edics. Alerce). Sobre el primer libro, ha precisado bien Mario Ferrero: "literatura fuerte, cáustica... con una crueldad trascendente que destila dolor, humanidad...". El conjunto de relatos de Domínguez narra experiencias infantiles y adolescentes, levemente unidas entre sí. La prosa extremadamente fluida del autor y su integración de elementos irrealistas (provenientes de W. Saroyan o de los más jóvenes narradores norteamericanos) son cualidades inmediatamente discernibles en este joven escritor.

El libro de Ferraro, premiado en el Concurso Alerce 1964, incluye cuatro cuentos: "Hacia el mar", "Visita de estilo", "De regreso" y "Pampa larga". El escenario de todos ellos es la pampa nortina, el "inmóvil océano" del título. El primer cuento, quizás el menos ambicioso, pero más apretado y firme en la narración, permite calificar el arte de Ferraro como proclive a la estampa, con mínima dosis de elaboración narrativa propiamente tal. Este rasgo da fuerza y una fijeza impresionante a su primer relato, a la par que actualiza en forma notable la circunstancia pampina: humillación social, presencia obsesiva de la pampa, destino telúrico de sus hombres.

Bajo el grupo de relatos infantiles, pueden clasificarse, por distintas razones, varios libros. El mejor, desde luego, es el de Hernán del Solar: *Cuando el viento desapareció* (Zig-Zag). Otros son: *La flauta en el horizonte*, de Eliana Cerda (Edit. Universitaria); *El niño, la mirada y el otro*, de Luis Weinstein (Edit. Orbe) y *Alamiro*, de Adolfo Couve (Edics. Extremo Sur). Este último viene precedido de unas notas, a modo de prólogo, firmadas por el poeta José Miguel Vicuña. Consta de 34 fragmentos poéticos que se distinguen por la levedad de la pincelada y la suavidad del trazo, en forma de difuminadas acuarelas sobre el tiempo de la infancia.

Otras novelas aparecidas en el curso del año fueron: *La noche devora al vagabundo*, de Pablo García (Zig-Zag); *Calico*, de Valerio

Quesney (Zig-Zag); *Nunca como antes*, de Miguel Frank (Zig-Zag); *La plaza de las cuatro calles* —novela histórica y sentimental—, de Camilo Pérez de Arce (Zig-Zag); *Esto no es el paraíso*, de Luis Rivano (Edics. Andróvar); *Toda la luz del mediodía*, de Mauricio Wacquez (Zig-Zag); *Muy temprano para Santiago*, de Juan-Agustín Palazuelos (Zig-Zag) y *La generación de las hojas*, de Marta Blanco (Zig-Zag), de la cual ha dicho Alfonso Calderón: "Hay, en verdad, un afán de contar sin retórica, que permite aguardar confiadamente su obra futura".

POESÍA LÍRICA

No tuvo sorpresas sobresalientes el reciente año lírico. Más bien ellas se produjeron fuera del campo editorial. Desde luego, la concesión del Premio Nacional de Literatura a Pablo de Rokha —tardío pero merecido galardón. Significativos son, asimismo, los premios obtenidos por Enrique Lihn (*Poesía de paso*) y Jorge Teillier (*Cuadernos del hijo pródigo*): el de la Casa de las Américas y el de CRAV, respectivamente.

Estilo de masas, de De Rokha (Prensa Latinoamericana) es un gran libro que, como toda la vasta y compleja producción del poeta, está esperando un estudio en profundidad. Por eso omitimos aquí observaciones, que resultarían sueltas y poco meditadas.

Exilio 65, de Carmen Abalos (Edit. Orbe) continúa esa línea tersa y diamantina, que parece connatural a la poetisa.

Sergio Hernández, autor de *Cantos de pan*, publica ahora *Registro* (Edit. Nascimento), libro de poemas prologado por Pablo Neruda. De este poemario ha dicho Federico Shopf: "El poeta de *Registro*... ha madurado y lo que era influencia ha enriquecido su voz personal, ha intensificado su propia capacidad expresiva. Es, por lo demás, el tránsito normal del aprendizaje a la poesía".

Poemas infantiles, de Efraín Barquero (Zig-Zag) no saca a su autor de la encrucijada poética en que lo había sumido *Maula*. La vena de ternura que aquí se insinuaba muestra ahora demasiadas vetas, que corresponden a estilos fácilmente reconocibles. Logros parciales los hay en estos poemas, pero cada vez debe de exigirse más a la lírica una concepción de totalidad, una idea orgánica del poemario. Somos admiradores entusiastas del Barquero anterior; por eso, sus dos últimos libros nos desconciertan y nos decepcionan.

Mahfud Massis publicó *El libro de los astros apagados* (Edics. Alerce). En él conserva el poeta esa tensión romántica que llenaba de crispada violencia sus obras anteriores. Consigue así poemas como ese "Nocturno del piano", donde la intimidad se puebla de presencias monstruosas, con imágenes negras, distorsionadas, de ascendencia surrealista.

Otros libros: *Tiempo sin tiempo*, de Jorge Vergara (Edics. Andes); *Canciones para que el mar juegue con nosotros*, de Andrés Sabella (Edit. Universitaria), juego metafórico liviano, rico en pirotecnia; *Mundo vecino*, de Manuel Mesa S. (Imp. Fantasía); *Mi mano en tu mano*, de

Inés Moreno (Edics. Acanto); *La ciudad que fue*, de Eliana Navarro (Edit. Universitaria); *Poemas de las cosas olvidadas*, de Jaime Quezada (Col. Orfeo), libro donde vibra ese espíritu lárlico de que ha hablado J. Teillier; *Cuerno de caza*, de León Ocqueteaux (Edics. Mímbré); *Persecución y fuga*, de Raúl Correa (La Serena); *Poemas australes*, de Fernando Lamberg (Edics. del Litoral); *Faena y canto*, de Luis Merino; *Raíz*, de María Silva Ossa (Nascimento); *Anhista*, de Oliver Welden (Arancibia Hnos.); *Días de sombra*, de Angelina Silva (Imp. Horizonte) y *Solo recuerdo*, de Daisy Bennett (Arancibia Hnos.).

Además de las revistas poéticas ya conocidas, como *Orfeo*, y de hojas poéticas como *Trilce*, de Valdivia y *El maitén*, de Concepción, apareció una importante antología: *Treinta años de poesía en Concepción* (Edics. Revista *Atenea*), dirigida por Jaime Giordano y Luis Antonio Faúndez. Es excepcional la "presentación", escrita por Jaime Giordano, por cuanto significa una lúcida intelección de la ciudad sureña. Es una verdadera comprensión de Chile, visto y condensado en un ángulo particular de existencia colectiva. La capacidad que exhibe Giordano como analista concreto de situaciones sociales es un modelo de ampliación significativa de la actividad crítica.

ENSAYO

El ensayo, como género específico, ha presentado características bien especiales en nuestro medio. Ha surgido casi siempre desde la cátedra universitaria y adquirido, por lo tanto, una perfilada índole académica. Esto, a diferencia de otros países hispanoamericanos, donde la obra interpretativa aparece directa y efectivamente vinculada a la circunstancia espacial y temporal de la que emerge. Piénsese en los casos ejemplares de Mariátegui en el Perú, o de Ezequiel Martínez Estrada en Argentina, quienes han efectuado una labor sistemática de análisis de la realidad histórica y social de sus respectivos pueblos. Acá, entre nosotros, ha sido siempre el ensayo meditación filosófica; origina más bien libros, que letra militante.

Circunscribiéndonos al ensayo filosófico y al literario —únicos de nuestra competencia— hallamos el siguiente cuadro:

El prof. Juan Rivano publicó dos obras: *Desde la religión al humanismo* (Edit. Universitaria) y *El punto de vista de la miseria* (Edit. Universitaria). En la primera analiza el origen subjetivo del sentimiento religioso y la relación con la idea de lo divino mantenida por diferentes pensadores modernos. En la segunda, propone —según Jaime Giordano— un modo de dialéctica a partir de la contradicción no resuelta (es decir, la miseria), en un violento rechazo de términos conciliatorios o nulificadores del conflicto. Estos términos conforman la alienación del pensar y su esterilización. . . . El volumen es sólo propedéutico (en el orden filosófico o en otros órdenes). Se limita a combatir los sistemas de la alienación, proponiendo, por último, un olvido de la especulación, para

volver sobre ella sólo cuando hayamos solucionado los problemas básicos de nuestra miseria socioeconómica; mientras tanto, la filosofía nos puede ayudar entregándonos los elementos para comprender nuestra contradicción y superarla no sólo especulativamente.

Hacia Ortega. I. El mito del origen del hombre, de Francisco Soler (Edics. de la Facultad de Filosofía y Educación) es un extenso comentario dedicado a mostrar la significación de un mito en el pensamiento de Ortega. Para un análisis y valoración de esta obra, remitimos a la reseña de Guillermo Araya G. (*Atenea*, 411, enero-marzo 66).

Humberto Giannini publicó *Reflexiones acerca de la convivencia humana* (Edit. Universitaria). En el prefacio, concebido por Giannini como una justificación autobiográfica, da a conocer los dos órdenes de motivos que han originado su meditación: los intentos de destrucción masiva del hombre en el siglo xx —*guerras y explosiones criminales*— y la falta de sentido —consustancial a nuestro vivir— para la existencia del prójimo. El autor parte de la idea de que estos dos hechos están profundamente relacionados y que el primero no viene a ser sino el trágico reflejo de esa cotidiana deficiencia del hombre.

Las ideas centrales pretenden expresar vivencias específicas: el sentido que posee el ser humano para su vida cotidiana. Es muy bello el texto que aduce Giannini para sensibilizar el sentimiento medieval de la existencia. Es una página a *De divina omnipotencia*, de Pier Damiani, en que se instruye al tocador de campanas para que acompase de tal manera su labor que permita el acuerdo de lo efímero y lo eterno. Evidentemente, a través de una postulación de este tipo, tal sentimiento pasa a adquirir la estatura de una actitud existencial metahistórica.

En la Edad Moderna, en cambio, lo más significativo para la existencia del hombre será el extrañamiento que sufrirá de la realidad exterior. De ahí que el ensayista dé especial relevancia a lo que él llama el "experimento" cartesiano de la duda metódica que, a la postre, conduce a la deducción de una exterioridad en sí deficiente, en razón de su condicionamiento teológico. Queda, de esta manera, como tesis nítida en esta parte del ensayo, que la pérdida de la realidad, o mejor, la inconexión producida entre la intimidad y la exterioridad, como fenómeno típicamente moderno, posee una causación de fondo religioso.

El libro finaliza con un extenso capítulo "Sobre la tolerancia", en que se sostiene la vigencia del ideal, pese a las excepciones filosóficas que lo han combatido.

Los problemas que se le presentan a la tolerancia como ideal de convivencia son de dos clases: por un lado, entra en conflicto con el carácter único de la verdad; por otro, parece oponerse al carácter de convencimiento, de persuasión, a que aspira toda filosofía. En otras palabras, no se condice ni con las condiciones objetivas de la verdad ni con la actitud subjetiva que informa el filosofar. Es característico de la solución que ofrece Giannini a estos problemas el que juzgue imposible

de ser racionalmente demostrada la deseabilidad de la tolerancia. Establece en forma literal:

"El carácter lógico y racional de los supuestos es una opinión común injustificada racionalmente: un supuesto fundamental. El bien, el amor, en fin, la tolerancia, no se anuncian más que por ellos mismos" (pág. 131).

José Echeverría Yáñez es autor de *El Quijote como figura de la vida humana*. Lo mismo que en su ensayo sobre Dante, parte Echeverría de la multiplicidad de sentidos del Quijote, de acuerdo con la idea hermenéutica de que esta obra, además de su sentido literal, posee otro alegórico, que genera a su vez uno moral y otro anagógico o místico. Mucho habría que decir sobre este ensayo. Por amor a la brevedad, remitimos a la reseña de que es autor Luis Muñoz.

El ensayo de John Dyson, *La evolución de la crítica literaria en Chile* (Edit. Universitaria), fue auspiciado por el Instituto de Investigaciones de Literatura Chilena. Es obvio que la obra no está a la altura del prestigio de este excelente centro de estudios especializados.

La idea de Dyson es suministrar un ordenamiento del proceso crítico en nuestro país, que supere los marcos del mero catálogo de nombres —modo como hasta la fecha se ha escrito sobre el particular. Para esto recurre a la noción de linajes críticos, es decir, grupos de personas que muestran afinidad entre sí debido a determinados puntos de partida y a orientaciones semejantes en el ejercicio de su labor. La noción se remonta, en último término, a la de *famille d'esprits*, de Sainte-Beuve y —según nos comunica el mismo autor— fue aplicada con éxito a la iluminación del panorama literario brasileño por el crítico Wilson Martins. Dyson, sobre esta base teórica, establece seis linajes espirituales en que agrupa a los críticos chilenos: el gramatical, el humanístico, el histórico, el sociológico, el impresionista y el estético.

Las reservas que se podrían hacer a este estudio no son de pormenores eruditos, pues en general aparece bien documentado. Pero adolece de una ingenua escolaridad, en sentido peyorativo. No se pone la tarea crítica de los autores analizados en la perspectiva histórica, en la relación con el trasfondo filosófico e ideológico que nutre su labor. La idea de intuición, por ejemplo, que preside gran parte del trabajo de los críticos chilenos, debió de verse en su trasposición al plano literario, lo mismo que otras categorías filosóficas igualmente importantes. Por otra parte, valdría la pena pensar hasta qué punto hay una efectiva *evolución* de nuestra crítica, con toda la fuerza de sentido que conlleva la palabra. Más bien a nosotros este aspecto de la actividad intelectual de nuestro país se nos aparece huérfano de toda legalidad progresiva, y no susceptible de un ordenamiento racional superior.

Otros ensayos, en el orden literario, son: *Francisco Bilbao, agitador y blasfemo* (Edics. Alerce), de Elías Ugarte Figueroa, notable reactualización biográfica del iluminado chileno; *El mundo impresionista de Wallace Stevens*, de Hernán Galilea (El Espejo de Papel. Centro de Investigaciones de Literatura Comparada); *Eugène Ionesco y su teatro*, de

Marta Gluckman (investigación del mismo Instituto) e *Interrogaciones: 94*, de Benjamín Subercaseaux (Edit. Ercilla), modelo (con escollos) de versatilidad intelectual.

Homenajes colectivos dignos de atención fueron: *Dante*, volumen editado por el Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Chile; el dedicado a Ricardo Latcham, por la Revista *Atenea*, Nº 408, que preparara Pedro Lastra, y el que recuerda la memoria de Andrés Bello (*Atenea*, Nº 410).

Crónica de varia lección. Antología de Ricardo A. Latcham. Selección y prólogo de Alfonso Calderón y Pedro Lastra (Edit. Zig-Zag) fue otro digno homenaje a la memoria del crítico chileno recién fallecido. Por último, Luis Sánchez Latorre pasó revista a la última producción de letras chilenas en *Los expedientes de Filebo* (Zig-Zag).

